

"En esto creo" de Carlos Fuentes. La atención a la vida como forma de creencia

Peter, Ricardo

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/560>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

ATRIL

EN ESTO CREO DE CARLOS FUENTES

LA ATENCIÓN A LA VIDA COMO FORMA DE CREENCIA

Ricardo Peter*

Lo que se oculta es más excitante.
Lo que se muestra, ya no lo es tanto
Carlos Fuentes**

Conocernos a nosotros mismos nos vuelve hermosos
porque identifica nuestros deseos.
Los años con Laura Díaz

Carlos Fuentes aun no ha terminado sus aventuras. Aquel a quien le dio a los 64 años de edad por desenterrar espejos, a los 73 sacó finalmente su espejo interior. *En esto creo* es un proyecto para verse a sí mismo. El que surgía a cuenta gotas y veladamente en el mundo de sus novelas, cuentos y ensayos, recreado por aquí y por allá, fue narrado por quien mejor lo ha visto, por él mismo. Por esta vez, Carlos Fuentes se vuelve objeto de sí mismo, es el otro. *En esto creo* convierte a Fuentes en el primer lector de su credo.

* Doctor en Filosofía, *training* en psicoanálisis, posgrado en Personal Counseling. Es quien ideó la Terapia de la Imperfección, sobre la cual tiene varios libros publicados en Argentina, Brasil, España, Italia, México.

** James R. Fortson, *Perspectivas mexicanas desde París. Un diálogo con Carlos Fuentes*, p. 91, Corporación Editorial S.A., México, 1973.

Carlos Fuentes ha querido colocarnos en el frente de su interioridad. *En esto creo* es el escaparate de sus saberes sobre la vida, sus valores y sus vicios. Es un credo político, imaginativo, moral y religioso. Un credo pertrechado de sus dramas personales, de sus encuentros indelebles, de sus insuficiencias, de sus crisis y de sus compensaciones estéticas y eróticas. Carlos Fuentes da fe de su experiencia de carne y hueso, de sus reflexiones, de sus enojos, de sus tentaciones y de sus contemplaciones.

En consecuencia, *En esto creo* no es un credo estático, un credo visado de una vez por todas, como de por sí da a entender la palabra “credo”, agregado de elementos doctrinales inmutables. Creer en este caso no es objetivar lo que se da por cierto, donde ya no caben los beneficios de la duda. Creer es una experiencia fundamental, la razón que mantiene la vida abierta y disponible.

El credo de Fuentes es la fe de quien acoge la infinita bondad de la vida, sin ocultar su contingencia expresada históricamente como pérdida, abandono, desiertos, separaciones, indignaciones y encabronamientos con la misma vida, pues la vida “paga, como todo lo humano, el precio de la finitud”.¹

De aquí que uno parece ser el verdadero protagonista de las 41 voces desenterradas de su memoria; uno el filamento usado para coser su “abecedario personal”, la hebra, diríamos, que forma la tela de su introspección. Considero que estamos mejor colocados ante esta especie de diccionario autobiográfico si lo recapitulamos desde la “pieza” que sostiene el sistema de creencias de Carlos Fuentes: la atención.

Si Fuentes puede definirse como un creyente vitalicio de la vida es debido a que hace de la atención “la facultad creadora”. Como hombre y como escritor Carlos Fuentes no ha desviado su atención de la vida cotidiana. Al contrario, está cargado de ella. Lo cotidiano ha adquirido un asiento de primera fila en la intimidad de Fuentes.

El doble origen latino del vocablo “atención”, ya que podemos derivarlo de “attentio” o de “intentio”, nos hace patente la riquísima pluralidad del concepto que sirve de sostén o de esqueleto a las voces y temas recopilados en *En esto creo*.

¹ Carlos Fuentes, *En esto creo*, p. 22, Seis Barral, México, 2002.

Atención, de la raíz “attentio”, alude a la función de mirar. ¿Acaso no se dice “ver para creer”? En este caso, es la mirada desnudadora de Carlos Fuentes no sólo del cuerpo femenino (“Cuando desea, una mujer siempre es bella...”) y de la belleza (“La belleza sólo le pertenece al que la entiende, no al que la tiene”), o la “fascinada mirada” con que ve comer a Thomas Mann, “tieso y elegante como las servilletas almendradas” en el hotel Baur-au-Lac, en Zurich, en el verano de 1950.

Su mirada perfila también las graves crisis políticas y los momentos socioeconómicos dramáticos que enredaron el siglo pasado, los movimientos artísticos, las corrientes literarias y los males y bienes de la globalización imparable que comienzan a enmarañar el siglo que apenas está iniciando.

Pero también podemos sacar la palabra “atención” de “intentio” y entonces refiere intensidad, tensión, esfuerzo, intención, extensión, aplicación, encontrar y acusar. *En esto creo* expresa igualmente estas inmarchitables acepciones del término “atención” y que tal vez son las que mejor expresan la fe de Carlos Fuentes.

Un credo, decimos, formulado entre la *intensidad* y la *tensión*. En efecto, la vida de Fuentes se mueve entre el extremo de la intensidad de lo que ha sido su impetuosa vida de joven y la tensión del escritor disciplinado. Entre el “parrandero siniestro” al alba de los 18 años de edad, y quien a los 21 años, durante una permanencia en Ginebra, donde completaba sus estudios universitarios de derecho internacional y trabajaba en la misión de México ante la Organización Internacional del Trabajo, empezó “a explorar el lado oscuro de la tierra de los cucúes, la vida nocturna de Ginebra”, o sea, el mundo de los burdeles (“de las prostitutas oxigenadas eternamente sentadas con sus perritos poodle”) y el extremo de la tirantez de quien escribe a chorro, que trabaja de 8 a 9 horas diarias, al punto de ser declarado “un tropel de caballos desbocados”.² *En esto creo* proclama el Fuentes para quien “la disciplina es el nombre cotidiano de la creación”³ y el Fuentes para quien la excitación se vuelve lo más creíble, el retoño de su fe en la vida.

² *Perspectivas mexicanas desde París; un diálogo con Carlos Fuentes*, prólogo, *op. cit.*

³ *Op. cit.*, p. 72.

Un credo, decimos también, entre la *aplicación* y la *acusación*. En *esto creo* se conduce entre los polos de la aplicación política a la literatura y de la acusación literaria de la política. A través de sus novelas, cuentos y ensayos, Fuentes ha compartido la cultura de México, ha vigorizado la literatura latinoamericana a la vez que ha fustigado la endémica situación social de su país.

Puede discutirse su teoría de la novela, el grado o nivel de impacto de sus análisis sociopolíticos, pero está fuera de discusión que a partir de su primer libro o más bien, de las seis narraciones reunidas en su librito *Los días enmascarados*, publicado en 1954, a sólo 26 años de edad, se desató la furia política y la agitación literaria de Carlos Fuentes.

Sin embargo, 46 años después de aquella publicación y con el privilegio de la experiencia, Fuentes vuelve a sacar la navaja, su verdadera pasión por mentarle la madre a todos sus enemigos: a la muerte, a los envidiosos, a los que cargan al hombre con el peso de los dogmatismos, a los que han llevado el país a la deriva, a los opresores, a los gringos, a los trasnochados acomplejados por la conquista española, y de paso a la Iglesia, definida como “la industria de Cristo... que nos aleja de Cristo”.

Al decir de Rubén Darío, la navaja de Fuentes, acicalada por su vigorosa narrativa, ha dado cuenta “de los más bravos perros, como de cabritos y de corderillos”. Ya sea cuando pide a ciertos mexicanófilos que renuncien al culto, usando una frase de Héctor Aguilar Camín, de la “epopeya de los vencidos”, ya sea cuando se dirige a la muerte, “enemiga y más que enemiga, rival”, en clara alusión al fallecimiento de Carlos Fuentes Lemus, su hijo, en 1999: “Qué injusta, qué maldita, qué cabrona es la muerte que no nos mata a nosotros, sino a los que amamos”.

Para Fuentes no prestar atención es como estar en el reino de la muerte o estar vivos de cuerpo presente. De hecho, la muerte es otra cosa. Cuando le prestamos atención a la vida, “la muerte es parte de la vida, todo es vida”.

Pero no por causa de su clásica iracundia, el credo de Fuentes es duro y rudo como el terrible lobo rabioso de Gubia. En *esto creo* es también su *encuentro*, otro sinónimo de la palabra atención, con lo que ha provocado deleite, como las mujeres que han pasado por su vida y

con lo que sigue deleitándolo, como el amor por su Silvia, su compañera: “La quiero porque soy el hombre más puntual de la tierra y ella, puntualmente, siempre llega tarde”. De hecho, su mujer es “la que corona” el intento de Fuentes por prestarle atención a la vida.

En esto creo puede ser visto como el credo de un hombre que se apoya en la claridad de su propio atardecer. Ya no hay sorpresas. La pasión parece aplacada por el reconocimiento de los límites humanos:

La propia experiencia se encargará de recordarnos que, una y otra vez, defraudaremos la oportunidad del día, les daremos la espalda a quienes requieren nuestra atención, ni siquiera nos escuchamos a nosotros mismos [...] El corazón de la experiencia, más bien, es la conciencia misma de que toda experiencia es limitada [...] No los límites políticos, psicológicos o éticos, sino los límites inherentes a cualquier experiencia por el hecho de serlo. Cada cual tendrá su cuadrante personal para medir esos límites. Einstein no rebasó los suyos, Hitler, sí.⁴

En el caso de Fuentes, su atención a la vida no ha sido sólo estética, política y literaria, sino fundamentalmente ética. De una ética que radica en la capacidad para permanecer atentos a la vida y que aunque ésta nos rebase, nos desafíe, nos agote, nos haga daño, se nos vuelve, en fin de cuentas, imposible merecerla.

Al final, la revelación del Fuentes íntimo es asimismo un producto literario, una creación más, que igual que sus personajes es, a su vez, emanación, partícula sutilísima, de la identidad del propio escritor. Porque, tal vez tenga razón Saramago al decir que “nadie escribe un diario para decir quién es”. Carlos Fuentes nos ha dejado ver lo que quería dejarnos ver de Carlos Fuentes.

Demos por cierto que un credo no se formula para fosilizar la propia pasión por la vida. Lo más probable y lo más imaginable es que se ofrece el propio credo para otorgar y hacer sobrevivir lo que más nos ha sorprendido de la vida. Lo que se cree que, a pesar de todos los pesares, conserva un sentido, pues la cuestión es creer.

⁴ *En esto creo*, op. cit., pp. 65-70.